

falso y de injusto, fué allí á establecer su silla el reinado de la verdad: en donde tuvieron su asiento los ídolos, se enarboló la Cruz de Jesucrisso. Desde el mismo punto en que se espedian para el mundo las crueles órdenes de los emperadores, el Vicario de Jesucrisso bendice á los pueblos y naciones.

Si por ventura visitais la ciudad eterna, no busqueis al subir al Capitolio el templo de Júpiter capitolino, y cuando visiteis el foro y los ásperos senderos del Palatino, cuando os paseeis por entre aquellas magestuosas ruinas de la Roma antigua, tended vuestra vista y descubrireis á lo lejos un templo de colosales proporciones, cuya grandiosa cúpula es la admiracion y el pasmo de naturales y extranjeros. Dirigid vuestros pasos á este templo orgullo de las artes: entrad en la magnífica plaza del Vaticano donde se ostentan las estatuas de los fundadores de las órdenes religiosas: penetrad despues dentro del Santuario, pero no os detengais en admirar sus maravillas: levantad vuestra vista, y alrededor del interior de la soberbia cúpula leereis estas palabras de Jesucrisso, que es la verdad por esencia: *Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.* Basta, señores: no preguntéis ya el por qué de los triunfos de la Iglesia santa: triunfó del paganismo. ¡Oh! No nos permite el tiempo seguir ahora examinando sus triunfos en los siglos subsiguientes. Seguiremos, pues, mañana en el mismo terreno. Entre tanto concluyamos hoy, bendiciendo á nuestro Dios, que nos ha dispensado el inestimable beneficio de habernos hecho nacer en el seno del cristianismo, donde únicamente se encuentra la verdad, donde únicamente podemos aspirar á conseguir la verdadera felicidad, que es la posesion de la gloria. Amen.

## SERMON

### PARA EL OCTAVO DIA DE LA NOVENA.

*Et accepto corpore, Joseph involvit illud in sindone munda. Et possuit illud in monumento.*

Y tomando José el cuerpo le envolvió en una sábana limpia, y le puso en un sepulcro.

Math. cap. XVII, v. 59 y 60.

Es indudable, M. A. O., que la vida de la Santísima Virgen fué una cadena no interrumpida de dolores que dando principio en el momento en que resonaron en sus oídos las palabras del anciano Simeon, con las que le anunciaba las futuras contradicciones de su divino Hijo, no terminaron ni aun despues que Aquel hubo consumado el sacrificio del Calvario. Por esto no hay en el mundo dolores que puedan compararse con los suyos ni en estension ni en profundidad. Dias de verdadero gozo habia disfrutado la bella Virgen de Judá. Su alegría era extraordinaria cuando en la gruta de Belen, al tiempo mismo que contemplaba á su recién nacido hijo, escuchaba las voces angélicas que entonando himnos sobre el pobre albergue del monarca de las eternidades, esclamaban: *Gloria á Dios en lo mas alto del cielo, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.* Llenábase del mas puro regocijo



al ver á los reyes del Oriente que deponiendo sus diademas, rendian tributo de adoracion al nuevo rey de los judíos que habia nacido, al cual ofrecian ricos presentes y homenajes. Pero ¡cuán veloz y pasagera fué esta dicha!... Inspirado de Dios el anciano Simeon, al recibir en sus brazos en el templo al divino Infante Jesus, se dirige á su Madre diciéndole: «Hé aquí que este Niño está destinado á ser el blanco de toda suerte de contradicciones y una penetrante espada de dolor traspasará tu alma: *Ecce positus est hic in signum cui contradicetur, et tuam ipsius animam pertransibit gladius.*»

Dotada la Santísima Virgen de una penetracion superior y privilegiada comprendió en el instante todo el significado de las palabras de Simeon, y presentándose á su imaginacion las profecías de Isaías en orden á los padecimientos del Mesías, vió de un solo golpe de vista y como si fuera de presente todas las contradicciones, todos los tormentos y hasta la cruel y afrentosa muerte del Hijo de sus entrañas. Al vaticinio de Simeon, siguiéronse treinta y tres años de mortales agonías que se iban aumentando progresivamente en cuanto se iba acercando la época en que habia de realizarse. Esta época llegó y el corazon purísimo de esa Virgen Soberana fué traspasado con la vaticinada espada, al presenciar las ignominias y el martirio del que habia venido á dar la salud al mundo. ¡Oh cuánto sufrió María en la montaña santa del Gólgota!...

Hemos admirado en los dias anteriores su heroicidad, su grandeza de alma al pié de la Cruz do pendia el Hijo de sus entrañas. La vimos ayer recibiendo de manos de los piadosos varones José y Nicodemus los instrumentos de su suplicio, con mas dolor que Jacob al recibir la túnica ensangrentada de su hijo. Aun

hemos de contemplarla hoy bebiendo en el cáliz de la amargura. El sagrado cadáver es depositado en sus brazos: ella le lava con el mayor cuidado y veneracion, y acompañándole despues al sepulcro, donde deja despositado al que era la luz de sus ojos y la vida de su alma.

Hé aquí el nuevo dolor de nuestra Reina y Señora que nos cumple meditar en este dia, y que procuraré demostrar en cuanto me sea posible en la primera parte del discurso, para continuar en la segunda la esplicacion que empezamos ayer de los triunfos conseguidos por la Iglesia en la série de los siglos.

Implorémos ante todo la proteccion del Espíritu Santo por la intercesion de la Santísima Virgen. *Ave Maria.*

#### PRIMERA PARTE.

Seria necesario, mis amadísimos hermanos, tener un corazon de bronce para no enter necerse y llorar al contemplar los vehementes dolores de la Santísima Virgen producidos por la acerba muerte de su divino Hijo. *¿Quis est homo qui non flet, Christi matrem si videret in tanto supplicio?* (1) No dudo que vosotros, que á impulsos de la devocion que profesais á la Santísima Virgen, os venís reuniendo estos dias bajo las bóvedas de este augusto santuario, estareis poseidos de los mas nobles sentimientos de compasion y de gratitud. Prueba de esta verdad es el recogimiento y compostura con que estais en el lugar santo y los suspiros en que habeis prorumpido los dias anteriores, cuando

(1) In Hymno: *Stabat Mater dolorosa...*



hemos recordado las lúgubres escenas del Calvario, y los tormentos que durante ellas experimentara el corazón dulcísimo de la Santísima Virgen. Pues bien: guiados por los mismos sentimientos que hasta ahora os han animado, volved de nuevo con vuestras consideraciones al teatro de la muerte del Redentor de la humanidad. Nuevos motivos de consideración encontrareis.

El Mesías tantas veces anunciado por los profetas, esperado por los patriarcas, el que recibió en su cuna las adoraciones de los magos y de los pastores: aquel que el Bautista señalara con su dedo, diciendo: *Hé aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo*: Aquel hombre benéfico, que á todos dispensó bienes, que hacia oír á los sordos y hablar á los mudos (1): Aquel que mandaba á los vientos y á los mares y le obedecían (2): Aquel hombre humilde, misericordioso, caritativo, que predicaba la mas pura y celestial doctrina, es hoy un yerto cadáver: la inícuca Sinagoga le ha quitado la vida en el patíbulo de los delincuentes. ¿Quereis verlo? ¿Deseais contemplar el estado en que se encuentra? Pues fijad vuestra vista en el santo monte donde ha sido inmolado.

¿Veis aquella mujer que con un heroísmo sin igual permanece en aquel lugar de sangre? ¿Veis esa criatura cuya aflicción escede á la de Raquel y la de Respha? Es María que tiene entre sus brazos á su Benjamín amado: es la Virgen Madre del Redentor que baña con sus lágrimas el inanimado rostro de su Hijo. ¡Qué escena tan terrible! ¡Qué cuadro tan afflictivo!...

(1) Bene omnia feci: et surdos fecit audire, et mutus loqui. Marc. cap. VII. v. 37.

(2) ¿Qualis est hic, quia venti et mare obediunt ei? Math. VII. v. 29.

¡Imposible es pintarlo con vivos colores! José y Nicodemos la han entregado ese precioso tesoro, y María que le ha recibido con el mayor amor, sufre de un modo terrible al contemplar su estado, y si bien recibe algun consuelo por poderle estrechar entre sus brazos, es un consuelo poco duradero, porque el sagrado cadáver vá á ser depositado en el sepulcro. ¿La veis llena de resignacion lavando y ungiendo el cuerpo de su Hijo? Pues ved como resplandece en ella la fé de Abraham, la obediencia de Isaac, la paciencia de un Job, el celo de un Elías, la mansedumbre de un Moisés y la caridad de un David. Sí: María en el Calvario tributando los últimos honores al cuerpo inanimado de Jesus, es el tipo mas precioso y mas perfecto de todas las virtudes.

¡Cuán grande es el dolor de María, viendo muerto al Hijo de sus entrañas! No se pierde sin dolor, dice el Padre San Agustin, lo que se posee con amor (1). Si pues el amor que profesaba la Santísima Virgen á su divino Hijo es mayor que todos los amores del mundo, imposible es medir la profundidad de su dolor.

José y Nicodemos piden licencia á la afligida Madre para dar sepultura al sagrado cadáver. María conforme en un todo con la voluntad de Dios, la otorga, pero su corazón experimenta un nuevo martirio. Hasta ahora, verdad es que ha sufrido los mas crueles dolores, pero al fin á través de ellos tenia el consuelo de ver el rostro de su Hijo; pero colocado este en el sepulcro, vá á quedar como pobre y desolada viuda. Le buscará en vano, no escuchará el eco de su voz divina, y nada habrá que pueda ser capaz de prestar consuelo

(1) Sine dolore non pedeunt, quæ cum amore possidentur. San Aug. in Enchirid. Cap. LXVIII.



en la soledad en que vá á quedar reducida la divina Madre de Jesus:

La noche se acercaba y era necesario proceder al entierro del Salvador; María tuvo que desasirse de aquel precioso tesoro. Colocado el sagrado cadáver en el féretro se puso en marcha aquella lúgubre procesion, la mas lastimosa que vieran los siglos. Conducian al Salvador, San Juan, José de Arimathea, Nicodemus y el Centurion: componian el duelo multitud de ángeles visibles tan solamente para María; y esta afligida Madre iba detrás del féretro. Todos lloraban inconsolables, de suerte que bañaba la tierra con sus lágrimas, como dice el Justiniano, ¡Qué escena tan triste! ¡Qué espectáculo tan desgarrador! Tal es el abatimiento de la bendita Madre de Jesus que vá casi exánime y sin vida. ¿No habrá quien enjague sus lágrimas? ¿No habrá quien la preste consuelo? ¡Ah! Que me parece oírla esclamar con el Profeta de los lamentos: «Ahora es cuando las aguas han inundado mi cabeza, he perecido: *Inmundaverunt aquæ super caput meum, dixi; perii* (1).

Llegada que fué la comitiva al sepulcro que José había cedido para el Salvador, fué en él depositado su sagrado cadáver: mas cuando iba á ser cubierto con la losa, María cuyo corazón se hallaba oprimido, quiere despedirse del Hijo de sus entrañas. ¡Qué espresiones saldrían de sus purísimos labios! ¡Cuáles serían en tan supremos momentos los afectos de su corazón! «Adios, me parece oírla esclamar; adios luz de mis ojos y prenda amada de mi corazón: quien pudiera quedar contigo encerrado en el sepulcro: pero habeis dispues-

(1) Thr. cap. III, v. 54.

to que se prolonguen mis padecimientos y aflicciones, y me conformo en sufrir y padecer, porque si bien soy tu Madre, soy tambien tu esclava.» Cuantos presentes se hallaban no podian menos de verter un torrente de amargas lágrimas al escuchar los lamentos de la purísima y afligida Madre.

Por fin, despues que María hubo adorado á su Hijo y que hicieron lo mismo los que allí se hallaban, fué cubierto con la pesada losa, que cayendo sobre el sepulcro del Hijo, destrozó de un modo el mas despiadado el corazón de la Madre.

Entregada quedó la afligida Virgen á sus tristes reflexiones. ¿Qué haré ahora, esclamaría, sin el Hijo de mis entrañas? ¿A dónde iré que encuentre consuelo? El Señor me ha puesto desolada, y me he quedado llena de tristeza: *Posuit me desolatum, tōta die mœrore confectam* (1).

En efecto, cristianos, la pérdida que ha experimentado la Santísima Virgen es de tal magnitud, que no hay ninguna á ella comparable: perder un Hijo como Jesus, era la mayor pérdida que podia experimentar. Si al perderle un dia en Jerusalem, cuando solo contaba doce años de edad, experimentó su purísimo corazón un acerbo dolor que la hacia preguntar por las calles y las plazas, ¿por ventura habeis visto al que ama mi alma? *¿Num quam diligit anima mea vidisti?* (2) ¿Cuál sería su afliccion y desconsuelo cuando le deja encerrado en el sepulcro?

Confesaban San Bernardo y San Buenaventura que desfallecian y les faltaba las fuerzas para esplicar los dolores de la Madre de Dios: y en verdad que es

(1) Thren. cap. I, v. 13.

(2) Cant. cap. III, v. 3.